TZN1 · LECCIÓN 0 · PALABRAS DE BIENVENIDA

Palabras de bienvenida: mi propio viaje con el Test de Zulliger

De un telón enorme en 1993 a una pantalla en pandemia: por qué este test sigue sorprendiéndome en cada protocolo.

Una sala calurosa y un telón enorme

Era 1993. Hacía calor en esa sala, uno de esos calores que se pegan a la ropa, y éramos unos ciento veinte jóvenes, hombres y mujeres, sentados frente a un telón enorme. Todos queríamos lo mismo: entrar a la escuela de psicología. Se apagó la luz, se encendió el proyector y apareció la primera diapositiva: una mancha de tinta, inmensa, suspendida sobre nosotros.

No sabíamos exactamente qué nos estaban midiendo. Esa ambigüedad lo llenaba todo. Podía ser cualquier cosa, y justamente por eso daba un poco de vértigo: frente a una mancha no hay respuesta correcta, pero sí hay infinitas posibilidades. Recuerdo haber escrito las respuestas que me parecían más inteligentes. Recuerdo la sospecha de que alguien iba a ver algo de mí que yo mismo no conocía, y al mismo tiempo la extraña libertad de que nadie me iba a decir que me había equivocado.

Recuerdo, sobre todo, haber mirado a mi alrededor. Ciento veinte cabezas inclinadas sobre sus hojas, ciento veinte miradas distintas frente a la misma mancha. Me imaginé lo que estarían viendo los demás. Me pregunté si los hombres verían lo mismo que las mujeres. Y sentí que en esa sala oscura se estaba jugando algo más que una prueba: era la puerta para que nuestros sueños de ser psicólogos y psicólogas se hicieran realidad.

Mucho tiempo después entendí que había vivido el Zulliger tal como nació. Hans Zulliger lo creó para proyectarse en un telón, frente a un grupo, en diapositivas. Yo había estado en esa sala sin saberlo.

Muchos años después

Después de ese día no volví a ver el Zulliger en mucho tiempo. Me reencontré con él años más tarde, cuando nos capacitaron para aplicarlo en una consultora de selección de personal. Ahí lo conocí desde el otro lado: ya no era yo quien miraba la mancha, sino quien escuchaba lo que otros veían en ella.

Y entonces llegó la pandemia. En 2020 el mundo se cerró y la consulta se volvió una pantalla. Los pacientes que se preparaban para una cirugía bariátrica seguían necesitando su evaluación, y las empresas seguían necesitando saber a quién contratar. Las entrevistas funcionaban, pero tenían el límite que todo psicólogo conoce: quien está frente a nosotros sabe qué queremos escuchar. El postulante quiere el cargo. El paciente quiere la cirugía. Y ambos, con toda legitimidad, muestran su mejor versión.

Necesitaba una prueba breve, porque la pantalla cansa; difícil de preparar, porque no se contesta sino que se resuelve; y que pudiera mostrarse a distancia. Entonces recordé que el Zulliger había nacido para proyectarse en un telón, y pensé: si fue hecho para un telón, se puede proyectar en una pantalla.

Zulliger, en plena Segunda Guerra Mundial, tenía que evaluar a miles de candidatos a oficial y no le alcanzaba el tiempo para aplicar el Rorschach a cada uno. Yo, en plena pandemia, tenía que evaluar a personas que no podían sentarse frente a mí. Dos crisis muy distintas, un mismo problema de fondo: cómo seguir mirando a la persona cuando las circunstancias se lo ponen difícil a la evaluación.

Cada vez, la misma consigna

Desde entonces, el viaje se repite con cada paciente y con cada candidato. Comparto la pantalla y digo la consigna: “Ahora te voy a mostrar unas láminas. Todo el mundo ve todo tipo de cosas en ellas. La idea es que me digas qué podría ser esto”. Y preparo los dedos, listos para escribir lo que la persona diga, palabra por palabra.

Detrás de la pantalla me acompaña hoy un software de corrección moderno, pero el gesto es el mismo que en aquella sala de 1993: tratar de ver lo que la otra persona ve. Estar dispuesto a sorprenderme. Muchas veces las respuestas no se apartan de lo habitual, y aun así siempre hay algo que me sorprende: una palabra, un detalle, una manera de mirar que solo esa persona tiene.

Mirar el mundo a través de los ojos del otro

Lo que me mantuvo fiel al Zulliger no fue su eficiencia, aunque en mi práctica la prueba completa, con la encuesta, rara vez supera los diez a quince minutos. Fue algo más difícil de nombrar. Cuando alguien me dice qué ve en una mancha, por un momento me presta sus ojos. La mancha es la misma para todos; lo que cambia es la mirada que la recorre.

Cuando nos preguntamos cómo es otra persona, en el fondo nos hacemos una pregunta: cómo se adaptará a lo nuevo, a un trabajo, a un equipo, a un cuerpo que va a cambiar después de una cirugía. Esa pregunta se abre en tres: cómo se define a sí misma, cómo maneja sus emociones y cómo se vincula con los demás. El Zulliger no responde esas preguntas por sí solo, pero ofrece algo que casi ninguna otra herramienta ofrece: verlas aparecer mientras la persona trabaja, sin que sepa muy bien qué está mostrando. A lo largo del curso verás cómo cada parte del test aporta a esas tres preguntas.

Lo que he visto en las manchas

En estos años he visto de todo. He visto la respuesta estándar, la que casi todos dan, y he aprendido a no subestimarla: también dice algo, aunque sea que la persona sabe mirar como mira la mayoría. He visto la riqueza que aparece más allá de esa primera respuesta, cuando alguien es capaz de crear y de ver cosas donde otros no ven nada. He visto la brillantez de respuestas complejas, que integran forma, color y movimiento en una sola escena. He visto también la agresividad, cuando las figuras pelean, se atacan o se destruyen.

Y he visto el dolor. En muchos pacientes bariátricos, el cuerpo aparece en las manchas de manera directa o indirecta: un cuerpo que se desarma, que se abre, que se compara con el propio. Nadie les preguntó por su cuerpo. La mancha no pregunta nada; solo espera. Y en esa espera, a veces, el dolor sale solo.

Cada protocolo es un viaje cualitativo que ningún número agota. Los códigos del Sistema Comprensivo son indispensables, y los aprenderás en este curso, pero la persona siempre es más que su codificación.

Un complemento de la entrevista

Por eso, hasta hoy, el Zulliger es para mí un complemento excelente de la entrevista, tanto en selección de personal como en la evaluación prebariátrica. Suelo aplicarlo después de la entrevista inicial y, a veces, en la segunda entrevista, cuando completo la anamnesis clínica. La entrevista me cuenta lo que la persona quiere decir de sí misma; la mancha me muestra cómo mira.

No trabaja solo. Lo integro con el análisis de la escritura y con inventarios validados, y ninguna de esas herramientas decide por sí misma. El valor está en la convergencia: cuando lo que dice la entrevista, lo que muestra la mancha y lo que revelan las demás pruebas apuntan en la misma dirección, o cuando no coinciden y hay que preguntarse por qué.

Pantallas grandes y pantallas pequeñas

La evaluación por pantalla trajo desafíos que ningún manual anticipaba. Algunos evaluados me han dicho que no tienen un computador y que lo único que tienen es el celular. En esos casos les pido que lo pongan en posición horizontal, para que la mancha se vea lo más grande posible. Una paciente me dijo una vez que unas figuras eran grises, “pero la pantalla proyecta más morado”. Esa frase me recordó que la mancha que yo muestro no es exactamente la que el otro ve, y que eso también hay que estudiarlo.

La tecnología también abrió posibilidades que antes no existían. Con la grabación y la transcripción de Zoom puedo volver a escuchar cada respuesta, revisar cada palabra y calcular con exactitud los segundos que tarda una persona en dar su primera respuesta. Esa latencia, que antes era muy difícil de medir, hoy queda registrada.

Aun así, con todos sus desafíos, el test sobrevive. Incluso en una pantalla pequeña, entrega información valiosa. Eso no significa que la pantalla equivalga a la lámina: todavía no hay estudios suficientes para afirmarlo, y es una de las dudas que este curso no va a esconder. Significa que vale la pena aplicarlo con cuidado, registrar las condiciones de cada evaluación y seguir investigando.

Lo que el Zulliger todavía no sabe decir

Con los años también fui anotando las limitaciones del Zulliger frente al Rorschach. Las guardo como observaciones, a la espera de una codificación que todavía no existe. Un ejemplo: en la tradición del Rorschach, cuando una persona se detiene en la línea del medio de la mancha y la menciona, esa referencia se ha relacionado con rasgos obsesivos. En el Zulliger, con el sistema que usamos, esa observación se queda sin código. La veo aparecer, la anoto, pero no tengo dónde registrarla dentro del sumario estructural.

Hay otras. Con solo tres láminas, y con menos respuestas de las que esperan los manuales, algunos índices se vuelven inestables. Y buena parte de la riqueza que describí antes, la creatividad, el dolor, la forma singular de mirar, no cabe en ningún casillero. No lo digo para restarle valor al test. Lo digo porque un evaluador profesional necesita saber hasta dónde llega su herramienta.

Datos que guardé sin saber muy bien por qué

Durante años guardé cada protocolo. Las respuestas transcritas, codificadas, ligadas a la entrevista de la misma persona. No sabía muy bien para qué los guardaba; intuía que algún día servirían. Como no encontré una herramienta que me permitiera ordenarlos, construí la mía. Y un día me di cuenta de que tenía un archivo de más de quinientos protocolos.

Soñé mucho tiempo con hacer algo así: mirar esos datos con ojos de investigador, compartirlos, enseñar lo que aprendí. Hoy la tecnología lo permite. Las bases de datos digitales y la inteligencia artificial ayudan a encontrar patrones que ningún clínico vería solo, y ponen a nuestro alcance una forma nueva de comprender la riqueza del fenómeno humano a través de tres manchas. Algunas de mis certezas se confirmaron; otras se desarmaron. Las dos cosas me enseñaron. Y está la maravilla de que todo haya quedado registrado: sin esos años de protocolos guardados, este curso no existiría.

Y sospecho que todavía nos queda mucho por aprender del Zulliger.

Tu propio viaje

Este viaje no se ha completado. Se sigue llenando con cada protocolo, con cada persona que se sienta frente a una pantalla y se atreve a decir lo que ve. Por eso quise que este curso fuera, además de una formación técnica, una invitación.

En las próximas lecciones aprenderás a administrar el test, a codificarlo con el lenguaje de Exner, a integrarlo en un informe y a aplicarlo a distancia con rigor. Te daré el mapa que a mí me hubiera gustado tener. Pero el viaje será tuyo. Guarda tus protocolos. Anota lo que no calza. Pregúntate por

qué. Cada evaluación que hagas será, también, una oportunidad de mirar el mundo a través de los ojos de otra persona.

Todo empieza, como siempre, con cuatro palabras: ¿qué podría ser esto?

Rodrigo Farías Veloso
Psicólogo · Instituto Grafos